

de los labriegos celebraban una fiesta en honor del dios Pan. El horrible y brutal dios, con la boca abierta, la frente coronada de cuernos y los piés de cabra, estaba colocado bajo un grosero colgadizo, y en el suelo yacia un cordero degollado y cubierto de flores. Los aldeanos, con sus mugeres y sus niños, danzaban ante el ídolo, cuando los llenó de pavor la inesperada vista de una figura descarnada, salvaje y misteriosa que se puso á bailar con ellos, dando tales saltos y cabriolas, que suspendieron sus juegos para mirarle, mas bien con terror que por entretenimiento. De improviso empezó á gemir y gritar como si disputase consigo mismo, queriendo ejecutar y no ejecutar al propio tiempo alguna nueva accion; lucha que acabó por hacerle caer sobre sus manos y rodillas, y entonces se adelantó como un cuadrúpedo á donde estaba el ídolo. Al llegar junto á él, su actitud fué aun mas servil: gimiendo y temblando siempre, se tendió en el suelo y se arrastró hasta el ídolo á modo de reptil, lamiendo la sangre mezclada con polvo que rodeaba á la víctima. En seguida, como si la naturaleza hubiese reivindicado su

dignidad, se levantó con un gran salto, y cayendo sobre el dios, le hizo pedazos y desapareció antes que los espectadores volviesen de su asombro.

Otra noche terrible y sin reposo en medio de los campos. . . . si bien parecia que lo peor habia ya pasado, y aunque todavia bajo el peso del castigo impuesto á su orgullo, los actos de Juba eran mas humanos y su voluntad mas efectiva. Al amanecer se encontró en el camino que conducia á Sicca, y el hermoso perfil de la ciudad se dibujaba ante él. Pasó junto á la choza y el jardin de su hermano, que eran ya una ruina. Los árboles estaban arrancados, las cercas rotas, y la habitacion despojada de lo poco que habian hallado en ella. Dirigióse á la ciudad gritando: ¡*Agelio!* y como encontrase la puerta abierta, entró, se encaminó hácia el Foro, y lo atravesó, yendo en derechura á casa de Jucundo; aun se veia poca gente por las calles. Midió con la vista la pared, y á favor de las proyecciones y otras irregularidades de la mampostería, subió al techo, y se dejó caer, resbalando por las tejas, al través del *impluvium*, en medio de la casa. Entró

poco á poco en el gabinete donde Agelio dormia, le despertó pronunciando el nombre de Calista, le echó encima la túnica, le puso entre las manos las botas y le indicó por señas que le siguiese. Viendo que vacilaba, repitió en voz baja el nombre de Calista, y al fin le cogió del brazo y le llevó consigo. Abrió la puerta de la calle, y con un movimiento de su mano, mas parecido á un golpe que á una despedida, le impelió hácia adelante, y cerrando la puerta en cuanto estuvo fuera Agelio, fué y se acostó en la cama que éste habia dejado. Es de suponer que su ángel bueno habia intercedido por él, pues que permaneció tranquilo y se sepultó en un sueño profundo.

#### CAPITULO XXIV.

Esperamos que el lector sienta no menos interes por Calista que por Agelio, y creemos que deseará conocer algo de su suerte; hasta quizá haya tomado á mal la obligacion en que le hemos puesto de contentarse tanto tiempo con

los informes casuales é indirectos de Jucundo ó de Juba; pero, si hemos faltado á la debida consideracion para con él, nos apresuramos ahora á corregir nuestro yerro.

Cuando Calista dejó tan atrevidamente la choza de Agelio para detener la marcha de los amotinados, habia en un punto importante contado, como suele decirse, sin la huéspedea. Hablaba latin corrientemente, y podia conversar con el pueblo de la ciudad, cuya mayor parte lo sabia tambien; mas no sucedia lo mismo á los campesinos, que, segun llevamos dicho, se habian trasladado en masa á Sicca el dia del motin. Los dos individuos con quienes primero tropezó, no conocian ni el griego ni el latin. Pertenecian á la raza que se decia Cananea, y que lo era en efecto; hombres feroces y gigantescos, semejantes á los hijos de Enea, de que habla la Sagrada Escritura. No se cuidaban de caminos ni de cercas; habian trepado á la colina como mejor habian podido, eligiendo el camino mas corto, y separándose de la multitud, que seguia la senda mas trillada, habian llegado mucho mas pronto á la choza. Ni ellos entendian á Calista ni